

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos  
pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio pos-  
tal interior. Registro No. 118

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

ADMINISTRADOR: JOSE LLOREDA CAMACHO

Volumen XXXII

Bogotá (Colombia), Marzo de 1937

No. 312

## ERASMO ROTERODAMO

«Discerptus est ab utraque parte, dum utrique  
studet consulere».

(Vita Erasmi. In editione. Elzev. 1650)

Por unos meses Erasmo de Rotterdam anduvo en las lenguas de todos cuantos se gloriaban de humanistas. Zweig puso de moda al gran letrado, y fueron legión los que oyendo hablar de él, abrían los ojos admirativamente para dar a entender que hacía muchos años lo frecuentaban con estudiosa diligencia y así tenían derecho de pasmar-se ante la ingenuidad de un interlocutor que se imaginaba darles una sorpresa. Otros, que también fueron legión, al escuchar el nombre del erudito holandés, sonreían, sonreían con aire malicioso, y al cabo definían que el "Elogio de la Locura" no tenía semejante. Otros, que por las trazas habían ahondado más en el conocimiento del polígrafo, declaraban que Erasmo tenía tanto de precursor como de víctima de la libertad del pensamiento y de la palabra. Para algunos, Erasmo se alzó con el principado de la crítica, y entendían naturalmente por crítica no esa manera de análisis cualitativo y distributivo que es su fundamento, sino el empeño demoledor a todo trance, el panfleto cruel, acerbo y socarrón que triunfa cuando no le deja a su víctima un solo hueso sano. Dios sabe cuántas cosas más fue Erasmo para sus admiradores ocasionales e improvisados en los días del centenario. Por sabido se calla que hubo también, y en número no despreciable, sabios de verdad que nos ilustraron ora con la reconstrucción histórica de la época y de las vicisitudes del personaje, ora con juicios y



SI ANDAS SIEMPRE CON  
UN SOBRECITO DE

CAPSULAS  
**O.K.**  
GOMEZ PLATA

DEMOSTRARÁS QUE SABES  
PREVENIR EL DOLOR

comentarios atinadísimos de algunas de sus obras en particular y de su actividad literaria en general.

Por este aspecto la fama de Erasmo se acrecentó, y más de una apreciación tradicional acerca de uno de los dos máximos latinistas del Renacimiento (el otro fue Pío II) quedó enmendada y corregida sustancialmente.

En cuanto a la admiración trivial y callejera que se le tributó, confesaremos que también ha tenido su utilidad.

Sirvió ante todo para hacer patente que ahora mismo, cuando se hace gala de menospreciar las letras clásicas y de suprimir lo que tenga de cultura antigua en obsequio a una instrucción fundada en conatos de experiencia, ahora mismo—digo—se tiene por empresa noble y muy educativa el restaurar con múltiples loas la memoria de un hombre que extremó tanto la afición a lo clásico y al arte literario de Grecia y de Roma, que sólo en contadísimas ocasiones se atrevió (así hay que decirlo) a escribir en su idioma patrio. Lo cual no fue obstáculo para que ese hombre ejercitara un imperio universal sobre sus tiempos y sobre los más calificados ingenios que fueron contemporáneos suyos. Oímos celebrar el de Erasmo como uno de los más agudos y exquisitos, oímos vindicar para él, y con entera justicia, la inmortalidad literaria, y vemos y palpamos que ella le corresponde, porque a nadie se le ocurrirá negar que ha de ser muy sólido el mérito de un sabio que sostenido por sus escritos persevera glorioso después de cuatro siglos en la memoria de las gentes, y a tanta distancia de su vida puede suscitar admiración y hasta popularidad.

No faltará por ahí quien note que lo del latín y del griego, es en el caso de Erasmo una circunstancia insignificante. A esas horas—dirán—el latín era una lengua ecuménica, y quien había de contestar a los letrados de diversas naciones tenía que emplearla sin remedio.

A lo cual podría responderse que realmente el latín era por entonces un medio de comunicación universal y un vehículo ordinario del pensamiento, pero que este hecho, suficiente para explicar el empleo que de tal idioma hacía Erasmo, no lo es para explicar la perfección artística y el escrúpulo afinadísimo con que se aplicó a reproducir en los siglos quince y dieciseis las antiguas elegancias. Por la misma época había buen número de escritores que empleaban el latín sin cuidarse poco ni mucho de darle sabor

clásico, tratándolo más bien con sobra de familiaridad y llaneza, desfigurándolo y haciéndole sufrir la influencia del vocabulario y de la sintaxis de las lenguas vulgares y aún afectando el insigne desgreño que hizo célebres las truculencias de Lutero y las crudezas de Ulrico de Hutten. Lo curioso es que este latín avillanado y descompuesto fue para las lenguas modernas por lo menos de tanta utilidad y de tan benéfica influencia como el peínadísimo y riguroso de los que sólo juraban por Cicerón y ponían tachas al casticismo del propio Erasmo. Válganos aquí el testimonio insuperable de Rabelais, y quede constancia de que esta riqueza, esta agilidad y estos matices que dan vigor y acrecentamiento a los idiomas de hoy tanto le deben a las resonancias del Túscolo y del Senado como al arrojado de los que hicieron hablar en latín a la soldadesca reunida en las tabernas de Germania o a los gozosos compañeros de Pantagruel. ¡Siempre el latín.....!

La conmemoración centenaria de Erasmo, sirvió para otra cosa. El mundo de la cultura, se parece al de los negocios y transacciones en que a veces (muchas veces, en ciertos países), sufre por falta de “medio circulante”. Lo que es la moneda en el uno, eso son por analogía las noticias, la erudición, la novedad literaria en el otro: valores o signos de valor que pasando de mente en mente como el dinero pasa de mano en mano, aseguran el trueque de las ideas, hacen posible el enriquecimiento espiritual y procuran a las inteligencias sustento y ornato. En ocasiones las sociedades padecen penuria de ideas y viven de unas pocas que van y vienen, vuelven y tornan, cada vez más borrosas y agotadas, más insignificantes y menos fecundas. Por algo se ha hablado del “comercio intelectual”, denominación que a mi ver alude a esta verdad de Perogrullo: que el dinero necesita entrar en contacto con más dinero para favorecer la riqueza, así como las ideas necesitan ponerse en relación con otras ideas para engendrar saber. Perogrullada grande, sí!... pero equivalente al axioma espléndido de Kant: “Pensar es unir”.

Que es lo que no admiten sino con notables restricciones en tiempo y en espacio, los que algún latino apellidado “laudatores temporis acti”, que son los que resuelven confinarse y confinarlo todo en un determinado espacio y en un período ya finado, los que afirman planífera o ferocemente que “en sus tiempos” y solo “en sus tiempos” la vi-

da valía la pena, los que confrontan sin cesar ( y Dios sabe cuán sinceramente!) lo pasado y lo actual para concluir siempre en favor de aquél y en contra de éste, los que hacen suyas, sin más averiguaciones, las palabras de Manrique: "Cualquiera tiempo pasado fue mejor".

Allá, en esos "sus tiempos", enlazan y juntan diestramente las ideas y los sistemas, los sentimientos y las formas, pero no haya miedo que se resuelvan a empalmar y a unir eso que les enamora muy razonablemente en un tiempo pasado con esto que se vive y se siente en el momento actual... Dentro de treinta años ello será rememorado por muchos de los que hoy son jóvenes con la frase consabida: "en mis tiempos!..."

Erasmus fue precisamente uno de los "happy few" que supieron unir lo antiguo y lo contemporáneo. La sabiduría antigua lo embelesaba, pero a condición de hacerla viajar a través de quince siglos para que informara la existencia que en torno suyo vivía la humanidad. Con el ingenio y la penetración de griegos y latinos Erasmus se fabricó el barquichuelo de una noble literatura y se lanzó con él al mar del Renacimiento y a las rompientes de la Reforma repitiendo en muy altas voces la dulce, la armoniosa invitación de Dante:

"O voi che siete.....

Desiderosi d'ascoltar, seguite

Dietro il mio legno che cantando varca!".

Por desgracia Erasmus que así caló la idea del humanismo, no tuvo la competente energía para imponerla. Pero, volvamos al Centenario.

El docto roterodamense puso en circulación formas e ideas antiguas, y merced a su comprensión de la belleza y a su variada erudición hizo entrar en contacto dos épocas separadas entre sí por luengos siglos. Al recordarlo en 1936 se hizo un esfuerzo semejante; se procuró, en suma, depurar y abastecer el caudal de nuestros conocimientos trayéndole la corriente erasmiana que en gran parte yacía encubierta y escondida por la masa histórica acumulada en cuatrocientos años. A nosotros que no tenemos relaciones y enlaces directos con el Renacimiento, ya muy adelantado cuando apenas empezábamos a vivir colonialmente, a nosotros debieron inspirarnos las fiestas seculares de

Erasmus todas las emociones que son propias de un descubridor de inéditos preciosos.

Erasmus inédito?... Sí, sin duda lo ha sido... y tal vez siga siéndolo. Aparte nuestros eruditos que acaso lo concieron merced a Buchkardt, Ranke, Janssen, Menéndez Pelayo, Audin y otros peritos en la historia y literatura del Renacimiento, yo no sé cuántos eran los que ignoraban no digo ya el contenido, pero aun el título del "Encomion Moriae" o "Laus Stultitiae" solamente accesible en estos últimos tiempos, cuando las prensas baratas adobaron y divulgaron viejas traducciones españolas. Porque es de saberse que el "Elogio de la Locura", los "Coloquios" y otros libros menos populares de Erasmus andaban vertidos al castellano, en todo o en parte, siglos hace. Nadie, sin embargo, había reparado en ellos ni en su autor. Y digo "nadie" porque no me consta que, en nuestra literatura nacional y con anterioridad al centenario, se haya incorporado cosa alguna de importancia acerca de Erasmus. Aun después de que Zweig nos lo reveló, no estoy seguro de que pasado el fervor de las fiestas seculares, el amigo de Santo Tomás Moro no corra la suerte reservada a los clásicos que suelen ser unos autores "que todo el mundo cita pero que nadie ha leído". Temo, en fin, que Erasmus ya no será sino un nombre añadido a la lista de los que han de mencionarse en las ocasiones solemnes a par de Vives, Pico de la Mirándola y otros igualmente inéditos. Hasta la vulgarización y manoseo del "Elogio" podrá serle funesta, como lo fue el de "La Perrilla" para Marroquín, nombre procer que en muchos de nuestros conterráneos no suscita otra memoria que la del burlado animalejo.

El aniversario de 1936 podría enmendar estas suposiciones. Gracias a él se aumentó el "medio circulante" en nuestro mundo intelectual; se abrieron sendas y atajos a esa curiosidad investigadora que si no remedia, por lo menos compensa y alivia lo ingrato y desabrido del trajín cotidiano y deja como saldo de sus afanes, siempre modestos, un avance, un paso, un conato de acercamiento hacia los "templa serena", domicilio de la cultura.

Las ideas y nociones, más exactamente los problemas que el centenario de Erasmus, puso en circulación, fueron muy numerosos. Por lo pronto, esa "Laus Stultitiae", ese "Elogio de la Locura", que aparece juntamente como sátira, como diatriba, como requisitoria de tanta violencia, co-

mo socarronería, ¿es o no es un ataque vehementísimo destinado a postrar las instituciones y dignatarios eclesiásticos y la Iglesia misma? Así le parece al lector desprevenido que no está en autos de ciertas circunstancias antecedentes, concomitantes y subsiguientes del libelo. Pero esta primera impresión bambolea y se deshace tan luego como uno se percata de que Erasmo era sacerdote y por añadidura religioso de San Agustín, que en ningún tiempo dejó de ser fidelísimo cortejador de obispos, cardenales y Pontífices, que usufructuó copiosamente todo linaje de prebendas, beneficios, y dádivas eclesiásticas, que explicó y definió muy a la larga el alcance y las intenciones del "Elogio" y —cosa más concluyente— que consagró sin desfallecimiento toda su vida y las tres cuartas partes de sus obras a la propagación y defensa del dogma católico. Una cosa es leer el "Elogio de la Locura" como si fuera una producción solitaria y única, o como si estuviera engastado en una obra homogénea de odio, de vilipendio y de blasfemia, y otra cosa muy distinta es leerlo a sabiendas de que Erasmo comenzó su vida de publicista con el libro "De Contemptu Mundi" que por el título y por el contenido se allega notoriamente a la "Imitación de Cristo", y que continuó y remató sus vigiliias escribiendo la "Instrucción del soldado cristiano", los opúsculos sobre la educación cristiana de los niños y sobre el matrimonio cristiano, la traducción y comentario de los Libros Santos y los corpulentos volúmenes de apostillas, escolios e ilustraciones a las obras de San Jerónimo y a otras por el estilo, que todos o casi todos fueron puestos bajo el patrocinio de los Papas.

Nó, el "Elogio de la Locura", no es una burla maldiciente y venenosa, ni es florecimiento de una incredulidad desafiadora y audaz. Los contemporáneos no lo entendieron así, puesto que ninguna censura o sanción oficiales recayeron sobre Erasmo, y el conjunto que forman la vida, los libros, y la enorme correspondencia del erudito no consiente que haya lugar en él para la irreligiosidad premeditada y atrevida que algunos quieren ver y otros quieren alabar en el "Elogio" dedicado, como sabemos y es bueno repetirlo, con elocuencia cariñosa a Santo Tomás Moro. A su tiempo veremos cómo ha de entenderse este famoso discurso de la insensatez.

Por los años de 1518, Erasmo hizo un viaje de Basilea a Lovaina. Múltiples aventuras le sobrevinieron entonces,

tantas y tales que le pareció oportuno ejercitar el ingenio describiéndoselas donosamente a su *alter ego* Beatus Rhenanus famoso literato y primer editor de las obras completas del de Rotterdam. Dos pasajes voy a copiar de esa carta que nos dirán qué tan reñido anduvo Erasmo con la religión y la piedad:

"Empeorando las cosas vine a parar en un crecido abatimiento que ahuyentó de mí el tumulto de los pesares y el desasosiego de los temores. Toda mi esperanza la tenía puesta en Jesucristo y solamente en El, y no sabía pedirle sino que me otorgara lo que según su voluntad me conviniera".

"A los cincuenta años puedo decir que los trabajos que darán fe de mi existencia ante la posteridad están concluidos. Un día de éstos, hecho ya cenizas, enmudecerá la envidia y resplandecerá mi fama, gloria terrena que no debe conmover al cristiano y que no es deseable sino cuando nos hace merecer la aprobación de Jesucristo".

Me imagino que nadie escapa—y hoy menos que nunca—al antojo de conocer en su propia apariencia corpórea a los personajes de cuenta. Si el público pide que le den retratos y más retratos, y si los periódicos se los suministran abundantemente de toda especie de sujetos, eso tiene una razón no por trivial menos plausible. A riesgo de parecer más sutil de lo necesario diré que nos faltan tiempo y ganas para leer todo lo que se escribe acerca de las notabilidades contemporáneas, que lo mismo pueden durar una hora que un siglo, llamarse "gangster" o asesino, rey destronado, mártir de una causa o técnico del saxofón. En cambio el retrato es un documento que con sólo mirarlo como que nos habilita para opinar, para juzgar y para sentenciar. Si no fuera por los retratos de Mrs. Simpson, media humanidad se habría privado del gusto de discutir la crisis de Inglaterra en el último diciembre; y las actitudes imperatorias de los conductores de pueblos, fijadas por la fotografía en el momento oportuno, les han conciliado más renombre y popularidad que muchas columnas de férvidos encomios.

A Erasmo lo conocemos por sus retratos y por sus obras; y estoy por decir que si los primeros nos faltaran, la biografía del humanista y la memoria que de él nos ha quedado no habrían sido lo que son. Holbein, Matsys y Durer trabajaron en pro de la gloria póstuma de Erasmo más

ahincada y eficazmente que él mismo, y eso que fue diligentísimo en prevenir todo cuanto hacía al caso para instalarse lujosamente en el futuro.

Tentativa de concretar una biografía bajo las apariencias corpóreas; recapitulación en líneas y en colores de la totalidad de una vida, eso es lo que llamamos un retrato. La fotografía no retrata—perdónese la paradoja—por la simple razón de que ella no fija sino actitudes momentáneas, instantes de la vida, ademanes ficticios, posturas convencionales. En cambio el cinematógrafo nos suministra una serie más o menos dilatada de los gestos y expresiones habituales o inopinados de una persona, y por el mismo caso nos proporciona el gusto de adivinar el elemento constante que persevera bajo la diversidad de las imágenes, el “denominador común” que las enlaza y encadena en unidad. La cinta cinematográfica está más cerca de lograr el retrato real y verdadero que la fotografía. Por lo cual todos estamos dispuestos a vernos impresos en la placa inmóvil, y muy pocos, talvez nadie, se arriesgaría a dejar registrada su vida ordinaria en las circunvoluciones de la cinta inquieta. Esquivez muy comprensible visto que el hombre se cautela instintivamente ante la posibilidad de que el “denominador común” de su existencia, eso que Estaunié llamaba “la vida secreta”, se haga manifiesto. El que mira una fotografía tiene que preguntarse siempre si la persona representada será en todo caso y en todas las circunstancias parecida a su imagen impresa. Y de seguro se quedará dudando si la amabilidad, o la altivez, o la elegancia que allí se le muestran subsistirán incólumes fuera del gabinete fotográfico. Mas el que asiste a una proyección cinematográfica, inconscientemente “va atando cabos” a medida que se multiplican los cuadros y las actitudes de los protagonistas y al fin se forja una idea de lo que son y de lo que valen y de lo que pretenden. Sin pensarlo, el espectador se entretiene averiguando el “denominador común” de los personajes. De ahí que los figurantes de la pantalla susciten aficiones y entusiasmos que una fotografía nunca será capaz de despertar.

Con la pintura llegamos al retrato propiamente dicho. En ella el artista nos da el resultado de su propia observación, nos propone el “denominador común” descubierto por él después de un estudio prolijo y penetrante del sujeto. Viéndolo vivir, oyéndolo hablar, asistiendo a sus



**ERASMO**

(HANS HOLBEIN)

DRESDE



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico

actividades y escuchando el rumor que levanta entre sus coetáneos, el artista se hace cargo de los gestos que mejor expresen la índole y el "substratum" del personaje, y eso, convertido en línea y en color, es lo que encomienda a la posteridad con ayuda de los pinceles, de los buriles, de los cinceles, de los punzones. Tal vez no sería muy inexacto afirmar que un retrato perfecto es a la biografía lo que el tema musical es a una fuga.

Toda esta digresión era necesaria para entender lo que hicieron con Erasmo, Holbein, Matsys y Durero, sumos artífices y maestros imperecederos.

Holbein con el retrato que hoy se guarda en el Louvre, definió para siempre a Erasmo. Comparándole con el Holbein de Dresde y con los de Matsys y Durero al punto se nota una semejanza innegable que en este caso y supuesta la calidad de los artistas, no se explica sino por la concordanza de la observación directa y por la fidelidad en reproducir lo que todos tres veían de casi idéntica manera. Me refiero al fondo y decoración de los retratos y a la vestimenta del sabio. En los tres, Erasmo se halla recogido a un aposento de simplicidad monástica. Accesorios que sirvan al ornato superfluo o a la ostentación faltan por completo, y de libros que según la usanza simbolicen las docésimas tareas del personaje, no se advierte la menor opulencia; en compensación admiramos el escritorio fabricado a la moda holandesa de maderas recias muy bien cuadradas y ensambladas. Entrando en esta habitación aseada y olorosa a especias, Erasmo cerrará su puerta, ponderará el silencio maravilloso que le acoge y meditando delectablemente se encaminará a su mesa de trabajo. ¡Con qué fruición, con qué sabrosura meticulosa se acomodará ante ella y escogerá la pluma que ha de servirle para continuar defendiendo a Lucrecio contra los ciceronianos exclusivistas!... Por cierto que le mueven a risa estos idólatras de la antigüedad que la reducen a un solo nombre... Erasmo se detiene aquí... hace un rato se sintió destemplado y teme que ni sus hopalandas bien guarnecidas de pieles, ni el tocado, mitad bonete, mitad caperuza con que siempre se abriga la cabeza, hayan sido de provecho para preservarlo de alguna racha frigidísima o de algún viento colado... Sería prudente confortar el estómago con un vaso de vino de Beaune que le ha sido tan benéfico y que le ayudó a convalecer cuando se vio con la muerte al ojo allá

en Lovaina. Por dicha no está lejos el remedio: Holbein (Dresde) cuidó de ponerle en una hornacina y al alcance de la mano una panzuda botija del preciado jugo. Vuelve Erasmo a su escritorio y con gran viveza va enhebrando razonamientos: se imaginan estos adoradores de Marco Tulio que con haberle plagiado las cadencias bombásticas y los giros ampulosos ya resucitaron la grandeza latina, pero... ¿ha de ser todo melodía?... ¿o será que pretenden amputarle a la vieja cultura esta resonante aspereza, este vigor concentrado que fluyen de los versos enigmáticos de Lucrecio en sus libros "De rerum natura"? Esto sin contar con que otro día podrán percatarse los hombres de que Cicerón, más retórico y orador que filósofo, tendrán que cederle el puesto a Lucrecio tan filósofo como poeta, y por eso mismo inagotable... Erasmo hace aquí otra pausa y deja la pluma... Sí!, yo estoy en lo cierto y me sobran razones para abonar mi opinión; lo malo es que mi amigo Rhenanus puede sentirse aludido, y lo peor es que Fausto Andrelini y Jorge Agricola y Guillermo Budé y Teodorico Hario y Lefevre d'Etaples son muy capaces de armarme una polémica y que tengamos que andar en dimes y diretes con menoscabo de la paz y de la tranquilidad. Lo mejor es no insistir en el asunto. Si les contenta Cicerón, allá ellos, con su pan se lo coman; quédeme a mí el mérito de haber llamado la atención sobre Lucrecio cuando nadie hacía caso de él. Y quiera Dios que ello no me cueste amarguras y sinsabores!

Estaré fantaseando?... Nó, por cierto. Erasmo publicó siempre y sin ambages que nada le atemorizaba tanto como las disputas, las querellas, las polémicas. Sentirse encabezando facciones y acudillando gentes, fue para él el peor de los absurdos y la más desatinada de las imaginaciones, porque eso suponía tener contrincantes e implicaba naturalmente desavenencias con el bando contrario. Así vemos que en las múltiples contiendas que prosperaron en sus días jamás permitió que su nombre fuese tomado por ninguno de los combatientes, con lo cual no logró sino hacerse sospechoso a todo el mundo. Hay quien diga que Erasmo obraba así por un amor extremado de su independencia, por una orgullosa voluntad de campear por sus respetos y de alzarse sobre todas las facciones y parcialidades, por una noble repugnancia a enrolarse en cualquiera de ellas. Un libro entero gasta Th. Quoniam de Burdeos pa-

ra persuadirnos de esta tesis, pero no repara en que un hombre admirado por toda Europa habría probado mejor su apetito de independencia a todo trance, hablando sin ambages a tirios y a troyanos, y no empeñándose en contentarlos a todos y viviendo de contemporizaciones notorias con monescos y capuletos. En resolución, de pocos puede decirse con tanta verdad como de Erasmo que "creía firmemente que el hombre nació para vivir tranquilo", y quien lea su primer libro, el "De Contemptu Mundi", quien ojee las innumerables cartas en que se duele acerbamente de que todos le critican y todos le zahieren y nadie le deja en paz, hallará justificada la opinión que acaba de expresarse. Erasmo, a quien nos figuramos como prototipo de sagacidad y de malicia, fue víctima perpetua de un error inicial: conoció los enormes alcances de su inteligencia y quiso que le proporcionasen la mayor gloria literaria de su época, el mundo le dio unánimemente los títulos de "doctor universal", de "príncipe de la ciencia", de "legítimo protector de la literatura", se salió pues Erasmo con su intento, pero no comprendió jamás que precisamente por ser tan grande su eminencia y superioridad tenía la obligación de intervenir en las perturbaciones humanas para ver de moderarlas y encauzarlas. En otros términos: Erasmo no le dio todo su valor al principio de que si la riqueza material tiene funciones sociales que cumplir, la riqueza intelectual, la espiritual y la moral las tienen asimismo y sin comparación más urgentes y decisivas. Que es lo que hace muchos siglos expresó San Agustín con estas palabras: "El que tiene y no da, no tiene como se debe tener", "Qui habet et non dat, nondum habet quomodo habendum est." Erasmo poseyó letras y autoridad: comunicó generosamente las primeras, pero no hizo intervenir la segunda cuando la verdad y la justicia y el orden la reclamaban. Erasmo, en fin, rehuyó las responsabilidades que le acarrearaban sus dotes y conocimientos excepcionales; si hubiera bajado francamente a la palestra habría incurrido sin duda en las iras de uno de los combatientes; prefirió ausentarse de la lucha y se atrajo la malquerencia de todos. Entonces escribió estas palabras: "Mayor estimación se hace hoy de los ignorantes y de los imbéciles que de los entendimientos más claros y prudentes; para éstos no se guarda sino el sambenito de la sospecha y la fama de que son sujetos tan extravagantes como peligrosos".

¿Qué expresa la fisonomía de Erasmo en la pintura que de él hizo Holbein en 1523? Una hora de placidez meditativa en que los ojos entrecerrados siguen morosa y deleitablemente las palabras que fluyen de la pluma; un rato de concentración intensa que hace resaltar la delgadez y junta hermética de los labios y prolonga el corte de la boca hasta diseñar un conato de sonrisa; unos momentos dichosos en que se realiza la compenetración del pensamiento y de la forma literaria, compenetración fácil y desembarazada que borra del semblante descarnado y enjuto cualquier gesto que denuncie la persecución laboriosa de la palabra y de la frase justas.

En una hora como ésta escribió Erasmo los "Coloquios" que de primera intención habían de ser un correctivo de los desfallecimientos y relajaciones que a la sazón afeaban la vida de las gentes en todos los órdenes sociales. De acuerdo con el dictamen antiguo acerca del empleo de la burla y de la risa para enmendar las costumbres: "Castigat ridendo mores", el humanista fue dejando correr sin reparos la vena de la ironía que en él era irrestañable y que a poco andar se convirtió en sátira crudelísima bien que perpetuamente disfrazada de ingenuidad. Como los médicos examinan la corrupción que fluye de los cuerpos para atinar con el remedio de la peste que los mina, así Erasmo al concebir los "Coloquios" pretendió poner ojos solícitos e ingenio festivo en los siniestros de los hombres para depurar las costumbres, y en la decadencia literaria para atajarla mediante el influjo de las lenguas clásicas. Tal dice Daniel Heinsio en su epístola a Pedro Scriverio (1536): "Ut medici nonnulli retrimenta contemplantur, ut non recte affectos valetudini restituant ac sibi; ita noster sordes quoque vitiorum contrectavit, ut errori mederetur, nunquam tristis aut morosus. Quidquid luditur aut dicitur e vita media petitum est, ut hanc emendet ita ut, eadem, opera, et liguum quæ non paucis sordibus infecta erat, corrigat".

Desgraciadamente Erasmo fue víctima de su afición a la ironía y de su perspicacia para descubrir las ridiculeces y los desatinos de los hombres. Fue sobrado indulgente consigo mismo y no supo o no quiso pensar en que ningún reformador, ningún moralista realizó jamás obra sustancial y duradera por la sola y exclusiva virtud de la sátira, de la mofa y del sarcasmo.

El segundo retrato que pintó Holbein (hoy propiedad

del museo de Dresde) nos advierte que en Erasmo no se realiza el verso de Petrarca, a primera vista adecuadísimo para definir al humanista:

"In aspetto pensoso, anima lieta".

Porque Erasmo tuvo más de un momento de vacilación, de desconcierto y de amargura en la existencia. Su horror a las polémicas, su afán de contentar a todos, su empeño en solicitar consideraciones y su propósito de hurtar el cuerpo a cualquier linaje de responsabilidades, le colocaron más de una vez en situaciones intolerablemente difíciles. Alzaba entonces los ojos de la página que con gentil presteza iba llenando de hieles y donaires, y soltando la pluma, trababa las manos y se interrogaba con ansiedad y sobresalto. Pupilas cansadas y rostro cadavérico traducen aquí la angustia que lo invade y que luégo protocolizará en la célebre "Exhortación a la concordia cristiana" que dirigió al Papa Adriano VI: "Ayer no más llovían sobre mí las cartas lisonjeras henchidas de títulos como éstos: héroe tres veces grande, príncipe de las bellas letras, sol de la Germania, luz de los estudios y defensor de la verdadera teología; hoy, en cambio, unos pretenden sepultarme bajo la pesadumbre del silencio, otros se gozan pintándome con toda suerte de colores, y no han faltado en el curso de estas controversias los libelos satíricos, las intimidaciones terroríficas y las amenazas de muerte. Gritan éstos que ando en enjuagues con Lutero, y se enfurecen aquellos porque lo trato con irritación y descomedimiento. Por un lado me amenaza el odio del mundo, y por otro la infamia de aparecer como faccioso".

Para Quintín Matsys, Erasmo no es el hombre de la sonrisa entre impertinente y maliciosa, signo de íntimo y regocijado contentamiento, ni el hombre atosigado por la incertidumbre y los recelos. Diríase que el pintor lo inmortalizó bajo las apariencias de la serenidad estudiosa y de la madurez intelectual. Erasmo es en este lienzo el sabio que gratifica a sus contemporáneos y enriquece a la posteridad con las ediciones críticas del Nuevo Testamento; es el filósofo que pone la última mano a la obra monumental de los "Adagios"; es, en fin, el discreto y concienzudo estimador de la mente católica representada en San Jerónimo, doctor máximo de la Cristiandad, a quien el erudito de Rotterdam comentó con amor. Cierto es que sus glosas no escapan a se-

rios reproches doctrinales, pero valgan en alabanza de Erasmo estas palabras con que las dedicó a León X: “Otro nombre más célebre ni más estimado que el de San Jerónimo, no lo hay, pero ya veo cuánto esplendor y cuánto peso y cuán grande autoridad puede añadirle la erudición.... Sólo falta que éstos sus libros lleguen a informar las inteligencias después de haber logrado el patrocinio y los auspicios del Pontífice por quien reflorecen las buenas letras, fruto de la paz, y bajo cuya égida renacen el sosiego y la calma indispenables a los nobles estudios”.

A Durero le correspondió diseñar la imagen de Erasmo en un período de recogimiento o—como dice uno de sus biógrafos— “en la marcha hacia el triunfo interior”. Ante esta imagen del humanista se viene naturalmente a la memoria un verso latino de Miguel Antonio Caro:

“Et fremitus mundi cessas audire profanos”

porque la austeridad del semblante, y el notorio ensimismamiento en alguna realidad que él solo contempla, y el velo de los párpados que apenas deja filtrar una visión descuidada del mundo externo, hablan mejor que muchas historias de un Erasmo que escribió el libro “cum primis pius” de la “Preparación para la muerte”, de un Erasmo que, como Pascal, se allegó tierna y devotamente al Misterio de la Tristeza de Jesucristo en la agonía del Huerto, de un Erasmo a quien fatigaron las disputas y las necesidades de los hombres y comprendió que el humanismo con que soñaba iba perdiéndose entre las luchas acerbadas que llenaron su época.

Así suelen perderse las aguas sobre la faz de la tierra, mas no para desaparecer por entero sino para resurgir a lo lejos como fuente nueva y centelleante.

LUIS SORACTA



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico